PECADO ORIGINAL, INMACULADA, REDENCIÓN Y BAUTISMO

Lugar en Autores católicos: Reflexiones.
Fecha: 19-1-07.
Autor: Manuel Lago González, Lic. en Teología en la Universidad de Navarra.
Dirección: Parroquia de San Pablo.
San Roque, n. 122, 1º C.
36.524. Vigo, Pontevedra. España.

De entrada es preciso indicar que el "pecado original" –en el decir del Concilio de Trento- sólo se define como existente y que por él somos aborrecibles ante Dios. Algo que Dios no quiere en nosotros; o como una oquedad que sólo Él puede llenar. Algo es algo. No es una culpa, aunque evidentemente, si no se solventa, consciente y voluntariamente, se convierte en tal. (¡Ojo, que esto los "progres" -que injustamente pueden decirse católicos- no suelen considerar por un concepto vano de la propia grandeza y liberalidad!).

Si el Magisterio en un momento tan grave como en dicho Concilio no atinó a más, es porque se las trae, y es preciso ponerse a pensar.

El pecado original no es algo natural, es algo que nos falta y que Dios nos quiere dar a modo de amistad, "pero modum amicitiae". Podemos incluso decir lo mismo de la persona en sí, que está destinada a algo que Dios le ofrece para conformarle a su propia divinidad. Por lo tanto véase en la persona, véase en la naturaleza, se ven como algo que está por realizar. (Adrede no quiero tratar del pecado llamado original originante). Y siguiendo entorno al término amplio de naturaleza podemos afirmar que el pecado original, no es el apetito, no es la concupiscencia, no es la naturaleza, no son las pasiones. ¿Qué es? Es como si se nos dijera: los pies están bien, pero así descalzos, por esos caminos de guijarros afilados, lo vas a pasar mal. (Trabajos, y partos y tantos contratiempos...que

no tienen cuento). Hay algo que falta, que sólo Dios llena. Entretanto, calma.

¿Es entonces la naturaleza buena? La cuestión indica tal simpleza, que en sí es ociosa; pero por acomodarnos a la mentalidad de masa (que todos tenemos), bajemos al ruedo sin cambiar el juego...con los mismos términos, pobres e imprecisos. La naturaleza no es corrupta. (No razonamos este asunto tampoco). Si no es corrupta es que es buena o al menos neutra. (Como se ve, tanto el término naturaleza como bondad son absolutamente imprecisos). Habrá que esperar a tiempos mejores, a que se formulen con más claridad. Hay que seguir esperando porque nuestra mente padece de estenosis crónica, y es imposible librarse del morbo. Queda vista aunque a la ligera la naturaleza. Vemos persona. ¿Qué es ser persona? La persona es el único ser absolutamente receptivo de la totalidad de los terráqueos, receptivo especialmente de la misma Divinidad. (Se trata de un ser móvil y sumamente versátil). Sólo el intelecto es capaz de ser receptivo de la realidad absoluta. Persona es ser receptivo. Y Dios es receptible pues así se ha mostrado con inmenso amor.

Si lo propio de la persona es su peculiar receptibilidad (posterior y dependiente de la voluntad divina) se sigue que aquí, precisamente aquí, es donde de asienta (en el alma del hombre) la unión o la desunión dependiente de la recepción o rechazo. Y solamente aquí, (en esa capacidad natural), se podrá afincar el concepto de falta, el de libertad, el de causalidad humana, el de pecado, el de responsabilidad, y de gloria eterna o eterna condena. (Los protestantes, que repasen lo que Lutero dijo de la libertad, de la naturaleza, y del pecado y que nos cuenten qué puede decirse de la responsabilidad).

¿Qué sería el pecado original a partir de la receptibilidad? Una necesidad natural de recepción de la unión con la Divinidad, de recibir la unión

con la Divinidad. (No es una necesidad que implique el que antes Dios no hubiese dispuesto satisfacerla. Si no se quiere este término, se puede poner en su lugar, “vocación” que mientras no se secunde, se está en tierra extraña, fuera del Paraíso).

Ahora hemos de revisar algunos términos: el de Inmaculada, el de Redención o el mismo Bautismo.

Siguiendo concentrándolo todo bajo el esquema de unión o desunión, de recepción o no recepción, y asumiendo que la naturaleza no está corrompida, las cosas toman un delicado cariz. Inmaculada no puede menos que significar una unión; redención no puede significar otra cosa que ofrecimiento o activación histórica para realizar dicha unión; y Bautismo viene –como una actualización de dicho ofrecimiento divino- a hacer lo propio. Pecado (mejor falta) no puede menos de significar “desunión”, “falta”, (es algo que falta en la identificación don Dios).

Pero en este caso, al ser reducido todo a ofrecimiento de gracia y recepción, nos pondríamos todos a la par de María Santísima. “Non est abreviata manus Dómini”. Todos podríamos recibir lo mismo. ¿Y por que no? ¡De eso se trata! Del endiosamiento de la criatura: todos lo mismo. Es como si dijésemos: todos los cristianos reciben en la Comunión a Jesucristo, el mismo, tan cerca como lo estuvo de María.

¿Cuál sería la peculiaridad de Nuestra Señora? La peculiaridad de María tendría un carácter (perdonen el término que voy a usar que significa funcional, de ejercicio) económico. La singularidad de María está en el carácter práctico que recorre toda la obra de la Redención tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. La pedagogía divina. La paternidad maravillosa de Dios al compás de modos y tiempos.

No está mal, pues nos hemos elevado a donde es preciso y necesario: al mismo seno de la inefable Divinidad. Para que María no pierda nada de lo que es, no es necesario postrarnos nosotros eternamente en el mismo lugar de donde Ella por gracia fue preservada. Esto es, la singularidad de María es de santidad y de mediación de gracia, es su carisma singular que Dios le ha donado con su sorprendente y artístico amor apasionado. Y lo ha realizado para todos los seres humanos, tan postrados siempre sin esa, Su gracia que tanto bien nos hace, que nos diviniza. Es María Madre de Dios redentor, no sin más Madre de Dios; lo es de Dios redentor. Redentor implica el carisma de mediación mariana.

Es preciso remontarse a la misericordia divina para con toda la Humanidad y que se ha manifestado a modo de Redención. Nada que venga después queda ajeno a esa misericordia. Lo propio y singular de Dios es un “nosotros trinitario”. Lo propio de su misericordia redentiva es un “nosotros divinizado” en el cual entramos.

Por lo tanto la Inmaculada, dimana de la misericordia divina, que la inviscera para que participe de su unión de amor de tal modo que de y por María quedemos todos unidos a Dios. (¡Por Dios, no olvide que el sujeto supremo de todo el proceso es Dios, que endiosa, deifica!).

Nos movemos en lo temporal con vistas a la eternidad. Pues bien, la obra de Jesucristo, no puede ser otra cosa que reiterar la unión divina ya ejecutada en María. La predicación, los sacramentos, la conversión, el Bautismo, no es otra cosa que la ejecución o presentación temporal de lo ofrecido ya de una vez para siempre.

¿Y por qué tanta multiplicidad de hechos salvíficos: sacramentos, Jesús, María, los santos, los sacerdotes, los laicos. Es lo propio de la condición temporal y criatural. (No es razonable salirnos de la condición natural). ¡Esto a los

pobrecitos protestantes les pone al borde del colapso¡ ¡Y no faltan unos católicos cosificantes de la misericordia divina -como si de adoquines se tratara-, y otros que se estilan “progres” y no aceptan el hecho (les sobra la historia), y salvan al orbe por arte de magia de su fantasía; son personalistas del propio capricho!

Pero sin esto de que hemos mostrado –que no inventado- no hay redención del hombre que somos, ni salvación ni nada. Sin endiosamiento, la salvación es fofa: hay medios y uno de ellos es Cristo por ser de este mundo en lo natural. Y lo que nos falta no puede saltarse, diciendo que sobra, pues si falta, falta; y hay que recibir lo que Dios regala a modo de gracia que nos hace santos, fieles y heroicos. Y lo que da, regala a su paladar, como ha decidido: por medios humanos de los que se sirve como de la brocha el pintor de fama.

Si retomamos el tema central que se cifra en la receptibilidad de la persona especialmente de su pertenencia a la Divinidad, concluimos que la vida en la tierra no puede ser independizada de María (por endiosada para nosotros también), ni de Jesús, ni de todos aquellos en quienes Jesús ha inoculado al “nosotros divino” desde el ladrón colgado en el Calvario, pasando por Pedro aturdido, y por tantos pecadores arrepentidos. Los únicos que no pueden ser tomados por endiosados, son aquellos que niegan semejante posibilidad, por estar viviendo en un erial.